

## I

### El mundo de las formas

Los problemas que la obra de arte plantea a sus intérpretes tienen el aspecto de contradicciones casi obsesivas. La obra de arte es una tentativa hacia lo único, se afirma como un todo, como un absoluto, y al mismo tiempo pertenece a un sistema de relaciones complejas. Es el resultado de una actividad independiente y traduce una ensoñación superior y libre, pero vemos en ella converger también las energías de las civilizaciones. Por último (para respetar provisionalmente los términos de una oposición sólo aparente), es materia y espíritu, es forma y contenido. Quienes se dedican a definirla la califican según sus necesidades personales y la especialidad de sus investigaciones. Quien la crea, cuando se detiene a considerarla, se sitúa en un plano distinto que el que la comenta y, si se sirve de los mismos términos que éste, les da otro sentido. El que la disfruta profundamente, y que quizás es más delicado y sabio, la ama por sí misma: cree alcanzarla y poseerla en lo esencial, y la envuelve en la red de sus propios sueños. La obra de arte se halla inmersa en la movilidad del tiempo y pertenece a la eternidad. Es particular, local e individual, al tiempo que un testigo universal. Y, sin embargo, señorea sus diversas acepciones y, sirviendo para ilustrar la historia, el hombre y el mundo mismo, es creadora del hombre, creadora del mundo, e instala en la historia un orden irreductible a cualquier otro.

Así, en torno a la obra de arte se acumula la vegetación lujuriente con la que sus intérpretes la decoran, a veces hasta ocultárnosla por completo. Y, sin embargo, está en su naturaleza acoger todas estas posibilidades, acaso porque se hallan, mezcladas, en ella. Éste es un aspecto de su vida inmortal y, si se me permite la expresión, es la eternidad de su presente, la prueba de su rebosante humanidad y de su inagotable interés. Pero, a fuerza de servir la obra de arte a unos fines particulares, se la desposee de su antigua dignidad, se le priva del privilegio del milagro. Esa maravilla, a la vez fuera del tiempo y sometida al tiempo, ¿es un simple fenómeno de la actividad de las culturas, un capítulo de la historia general o, más bien, un universo que se agrega al universo, que tiene sus leyes, sus materiales, su desarrollo, una física, una química y una biología y que engendra una humanidad aparte? Para proseguir en su estudio, sería necesario aislarla provisionalmente. Tendríamos así la oportunidad de aprender a verla, pues está hecha en primer lugar para ser vista, el espacio es su ámbito, no el espacio de la actividad común, del estratega o del turista, sino el espacio tratado por una técnica que se define como materia y como movimiento. La obra de arte es medida del espacio, es forma, y es esto lo que hay que considerar primero.

Balzac escribe en uno de sus tratados políticos: «Todo es forma, y la vida misma es una forma». No sólo toda actividad se deja discernir y definir en la medida en que toma forma, en que inscribe su línea de evolución en el espacio y el tiempo, sino que también la vida actúa esencialmente como creadora de formas. La vida es forma, y la forma es el modo de la vida. Las

relaciones que unen las formas entre sí en la naturaleza no pueden ser pura contingencia, y lo que llamamos la vida natural se evalúa como una relación necesaria entre las formas, sin las cuales ella no existiría. Y otro tanto cabe decir para el arte. Las relaciones formales dentro de una obra y entre las obras constituyen un orden, una metáfora del universo.

Pero al presentar la forma como la línea evolutiva de una actividad nos exponemos a dos peligros. El primero, el de despojarla, de reducirla a un contorno, a un diagrama. Debemos afrontar la forma en toda su plenitud y bajo todos sus aspectos, la forma como construcción del espacio y de la materia, tanto si se manifiesta por medio del equilibrio de las masas, por las variaciones de lo claro a lo oscuro, por el tono, el toque, la mancha, como si está arquitecturada, esculpida, pintada o grabada. Y, por otra parte, en este ámbito, tengamos la precaución de no separar nunca curva y actividad, y considerar aparte esta última. Mientras que el temblor de tierra existe con independencia del sismógrafo y las variaciones barométricas al margen de las que marque el cursor, la obra de arte no existe más que como forma. En otras palabras, la obra de arte no es la huella o la curva del arte en cuanto que actividad: es el arte mismo; no lo designa, lo engendra. La intención de la obra de arte no es la obra de arte. La más rica colección de comentarios y de memorias de los artistas más compenetrados con su tema, los más hábiles en pintar con palabras, no serían capaces de sustituir a la más pobre obra de arte. Para existir, es menester que se separe, que renuncie al pensamiento, que se inscriba en la espacialidad, es menester que la forma